

— No le digáis que me habéis visto.

— ¿Por qué?

— Me reñiría por haberos abierto la puerta en su ausencia.

— ¿Aun cuando le dijeseis que había venido en nombre de la hada Carita?

— No conviene decirle nada.

— ¿Tenéis alguna razón?

— Si ella supiese que la princesa deseaba mi retrato...

— ¿Qué?

— Le pediría dinero, y yo no quiero que se venda mi retrato á la hada, sino que se le dé.

— Bien, hija mía, dijo Petrus; así que, punto en boca.

Rosa de Noel hizo con su encantadora, pero triste sonrisa, una señal de la cruz con el dedo pulgar sobre sus labios, rojos por la fiebre, lo que quería decir, que por su parte sería perfectamente muda.

Dirigióle Petrus la última mirada, como para incrustar aquella poética fisonomía en su memoria, en caso de que por una fatalidad cualquiera no pudiese volver á ver á la pequeña Rosa de Noel.

En seguida, dijo sonriendo:

— Está bien, pediré á Mr. Salvador permiso ú orden para que la Brocante os lleve á mi taller; pero si lo niega...

— ¿Si os lo niega? preguntó Rosa de Noel.

— Pues bien, no por eso dejaré la princesa de tener vuestro retrato, yo soy quien os lo digo.

Y salió, haciendo una seña amistosa á la niña, que volvió á echar los cerrojos detrás de él.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE PRUEBA QUE EN CASA DE LOS ARTISTAS TODAS LAS COSAS REDUNDAN EN PROVECHO DEL ARTE.

Cuando Petrus llegó á la puerta del mariscal de Lamothe-Houdon señalaba su reloj la una menos cuarto.

Podía, pues, en rigor presentarse, pudiendo achacarse aquel adelanto de un cuarto de hora á diligencia y no á indiscreción.

Pero apenas había dado algunos pasos en el atrio cuando le detuvo el suizo diciéndole, que la señorita de Lamothe-Houdon había salido por la mañana y que se ignoraba á qué hora volvería.

Preguntó al buen hombre si había recibido alguna instrucción respecto á él, y ninguna había recibido.

Nada tenía que hacer allí; llevar más lejos las preguntas, era una falta de discreción de que Petrus era incapaz.

Se retiró.

Estaba en el barrio de Juan Robert, á la extremidad de la calle de la Universidad: resolvió ir á hacer una visita á su amigo, y tomó la inmensa calle.

Juan Robert había entrado á eso de las siete de la mañana, había ensillado él mismo su caballo, y había partido al galope diciendo, que no se inquietasen por él si su ausencia se prolongaba, y no había parecido aún.

Era preciso matar el tiempo; pensó en Ludovico, y volvió á emprender el camino de los barrios altos del Luxemburgo.

Ludovico no había vuelto.

Su tío estaba en la Cámara.

Entró en su casa y se puso á diseñar de memoria un retrato de la pequeña Rosa de Noel con el traje de la Mignon de Goethe. Había elegido el momento en que la pequeña bohemia, para distraer á Wilhelm Meister, ejecuta el baile de los huevos.

Á eso de las cinco de la tarde, un criado con la librea del mariscal trajo un billete de parte de la princesa Regina.

Costóle á Petrus todo el trabajo del mundo el contenerse y tomar el billete con aire indiferente:

Abrióle temblando, aun cuando dudase que el billete fuese de la misma Regina; pero reconoció en la firma que en efecto sí lo era.

Contenía estas líneas:

« Excusadme, caballero, si no me habéis encontrado en casa esta mañana cuando habéis tenido á bien presentaros en ella. Un accidente funesto acaecido á una de mis mejores amigas de colegio, me ha retenido todo el día fuera de París. He llegado á las cuatro, y supe que habíais venido; hubiera debido escribiros esta mañana para evitaros esa molestia; mas espero que me excusaréis al considerar la turbación en que me encontraba.

» No pudiendo reparar mi falta, la atenuo.

» ¿Estaréis libre mañana á mediodía, caballero? Tendremos una larga sesión; mi familia tiene prisa por poseer concluido vuestro magnífico retrato.

» REGINA. »

— Decid á la princesa, contestó Petrus, que estaré en su casa mañana á la hora indicada.

Retiróse el criado; y Petrus quedó solo.

Tres días antes, un billete semejante le hubiera colmado de felicidad; la sola vista de la letra de Regina le hubiera extasiado y hubiera besado cien veces su firma.

Pero desde la revelación del general Herbel en cuanto al matrimonio de la joven con el conde Rapp; se había trastornado de tal modo el alma del joven, que la vista de aquel billete le era más dolorosa que agradable.

Le parecía que no diciéndole nada de la situación en que se encontraba, Regina le había hecho traición; que dejándole amarla le había tendido un lazo.

Y sin embargo, leyó y releyó la carta. Sus ojos no podían separarse de aquella encantadora letra, menuda, fina, regular y aristocrática.

Interrumpióle en medio de aquella ocupación el ruido de la puerta que se abrió de nuevo. Volvióse maquinalmente y percibió á Juan Robert.

El joven, después del día borrascoso que había pasado, llegaba de Bas-Meudón.

Había venido derecho á casa de Petrus; como Petrus había ido derecho á casa de él.

Si Petrus hubiera encontrado á Juan Robert en la calle de la Universidad, probablemente en aquel primer momento de despecho en que el corazón se desborda, le hubiera hablado de aquella sesión que le había faltado, y del original del retrato que estaba haciendo; pero tres ó cuatro horas de trabajo, coronadas por la carta de Regina habían devuelto al joven, si no la calma, al menos cierto poder sobre sí mismo.

Como era Juan Robert quien venía á casa de Petrus, fué Juan Robert quien habló.

Petrus sólo tenía el corazón lleno.

Juan Robert tenía el corazón y el ánimo igualmente preocupados; pero á la manera egoísta de los poetas, es decir, desde el punto de vista de que podría sacar de los acontecimientos del día una novela ó un drama.

Á pesar del enfático exordio del joven poeta, Petrus, todo preocupado con sus propios acontecimientos, no prestaba más que una atención mediana á la relación de los amores de Justino y Mina, cuando cayendo de repente las miradas del narrador sobre el diseño del báile de los huevos de la pequeña bohemia, exclamó:

— ¡ Calla ! ; Rosa de Noel !

— ¡ Rosa de Noel ! contestó Petrus ; ¿ conoces tú esa joven ?

— Sí.

— Su vieja gitana madre es la que ha encontrado la carta que Mina ha arrojado por la portezuela del carruaje. He estado en su casa con Salvador.

— En efecto, me ha dicho que conocía á nuestro amigo de la noche última.

— Es su protector, vela por ella, se ocupa de su salud, le envía médicos, le hace cambiar de habitación. Parece que aquella horrorosa Brocante es una vieja avara, que deja morir á la niña de frío en el invierno y de calor en el verano. ¿ No encuentras seductora esa niña, Petrus ?

— Bien ves que sí, puesto que he hecho su retrato...

— En Mignón, es una buena idea. He pensado en seguida : ¡ Oh ! si tuviese una actriz como ella, haría al instante un drama de la novela de Goethe.

— Aguarda, dijo Petrus, entonces voy á mostrarte otra cosa...

Y sacó de su cartera el gran dibujo que había hecho algunos días antes en el salón de flores de Regina ; en se-

guida, como Juan Robert quisiera verlo sin detención :

— Aguarda, dijo, tengo que dar algunos toques.

En efecto, se recordará que en aquella gran composición de Rosa de Noel encontrada temblando, con sus perros en un fosó del boulevard del Monte Parnaso, había hecho de imaginación la cabeza de la pequeña bohemia.

En cinco minutos borró la cabeza soñada, y puso la cabeza real en su lugar.

— Toma, dijo Petrus, mira ahora.

— ¡ Ah ! dijo Juan Robert, ¿ sabes que está muy bien esto ?

En seguida dijo de repente :

— ¡ Calla ! ; el retrato de la señorita de Lamothe-Houdon !

Estremecióse Petrus.

— ¿ Cómo ? preguntó, ¿ qué quieres decir ?

— ¿ No es ése el retrato de la hija del mariscal vestida de amazona ?

— Sí, la había visto una ó dos veces en casa del duque de Fitz-James, y la he vuelto á ver hoy ; hé aqui por qué me ha saltado á los ojos la semejanza de aquella amazona con ella.

¡ La has vuelto á ver hoy ! ¿ y dónde ?

— ¡ Oh ! en una circunstancia terrible ; arrodillada con otras dos amigas de colegio, educadas en San Dionisio como ella, en torno del lecho de una pobre joven que ha querido asfixiarse.

— ¿ Pero que no lo ha conseguido ?

— Si, dijo Juan Robert con tristeza, ha tenido esa desgracia.

— ¿ Esa desgracia ?

— Sin duda, puesto que se asfixiaba con su amante,

y su amante ha muerto. Esto era, querido amigo, todo lo que iba á referirte, cuando al mismo tiempo que notaba tu preocupación, que te hacía prestar un oído, no del todo atento á mi relato, reconocí el retrato de Rosa de Noël.

— Perdona, Robert, dijo Petrus tendiendo la mano con una sonrisa al joven poeta; estaba preocupado, es verdad, pero mi preocupación ha pasado; cuenta, amigo mío, cuenta.

Así es el alma humana, en sus relaciones con los objetos exteriores, egoísta casi siempre.

Petrus, indiferente al relato de los amores de Justino y Mña, mientras ignoraba la intervención de Rosa de Noël en estos amores; Petrus, distraído en la relación de las desgracias de Colombán y Carmelita, mientras no veía aparecer en ellas á la señorita de Lamothe-Houdon; Petrus estaba ahora ávido de oír aquella doble relación, en la que se hallaba mezclada Regina en la primera indirectamente por Rosa de Noël, en la segunda directamente por sí misma.

Ni un instante había dudado Petrus que Regina hubiera estado fuera de su casa por un suceso ocurrido á una de sus amigas; pero estaba encantado con que Juan Robert viniese á confirmar la realidad del suceso.

Además, Juan Robert había hablado como poeta de la belleza de la señorita de Lamothe-Houdon, y á pesar del sentimiento de celos que ardía en su corazón, al pensar que aquella belleza pertenecía de antemano á otro, era feliz y estaba orgulloso de aquella belleza.

Además, aprendía una cosa, y era, que Mad. Lydia de Marande, en cuya casa se había hecho presentar, á la que por no haber vuelto le había reprendido su tío, era no

sólo un conocimiento de Regina, sino una amiga íntima, una compañera de San-Dionisio.

Lo era también de aquella joven, de la que Juan Robert no sabía más que el nombre, que vivía con Salvador, y se llamaba Fresolina.

Desde entonces, el relato de Juan Robert tomaba á los ojos y los oídos de Petrus un interés prodigioso.

Decimos á los ojos, porque á medida que los oídos oían, los ojos veían.

Por su parte, Juan Robert, conociendo que le escuchaba, y que, en términos de artista hacía efecto, narraba á lo poeta.

Pero á medida que la narración avanzaba, tomaba tal influencia para Petrus, que pronto no se contentó ya con los detalles vagos y difusos del relato.

Puso un lápiz en manos de Juan Robert y le rogó que le diese una idea del espectáculo fúnebre que presentaba la habitación de Carmelita.

Juan Robert estaba lejos de ser pintor; pero era un hábil escenógrafo, era él en general, cuando daba una pieza, quien iba á la biblioteca, dibujaba ó calculaba los trajes, hacía el plano, y hasta las decoraciones.

Tenía además esa memoria particular de los novelistas, que les permite describir fielmente la localidad que no han visto más que una vez, y hasta la que no han hecho más que entreverla.

Tomó Juan Robert un papel é hizo en primer lugar el plano geométrico de la habitación de Carmelita.

En seguida, en otro papel, el aspecto de aquella habitación con las tres jóvenes agrupadas en derredor del pecho de la cuarta, acostada encima.

En seguida, en el fondo, bajo su magnífico traje de do-

minico, indicó á Sarranti, el hermoso sacerdote, tranquilo, severo, inmóvil como la estatua de la Contemplación.

Seguíale Petrus ávidamente con los ojos.

Antes que estuviera concluido le quitó el papel de las manos.

— Gracias, dijo, tengo todo lo que necesito, mi cuadro está hecho, dame sólo algunos detalles sobre el traje de las colegialas de San Dionisio.

Cogió Juan Robert la caja de pintar á la aguada, é indicó los colores sobre una de las jóvenes arrodilladas.

— Eso es, dijo Petrus.

Y á su vez cogió un papel Bristol, y delante de Juan Robert principió á diseñar aquella escena dolorosa, de la que el poeta le habia hecho un croquis informe, pero una relación llena de color y de verdad.

Separáronse los jóvenes bastante entrada la noche.

Al día siguiente á mediodía justo, se presentaba Petrus en el palacio del mariscal de Lamothé-Houdon,

— ¿Qué iba á hacer allí? ¿qué iba á decir? no lo sabía.

Durante aquellos dos días de espera habia preparado, por decirlo así, el corazón á inmensas tristezas, á profundos dolores.

CAPÍTULO XIII.

EL RETRATO DE M^{rs}. RAPPT.

Aguardaba Regina en pie al umbral del pabellón, con la mano puesta sobre la cabeza de la pequeña Abeja.

¿Qué aguardaba?

Tal vez no á Petrus, pero de seguro sí la hora que debia traerle.

Vióla, pues, Petrus desde lejos.

Estuvieron las piernas á punto de no sostenerle; miró si habia á su alcance un árbol en que apoyarse, un banco para sentarse en él.

Pero en virtud de una reacción rápida de su voluntad, recobró, si no todas sus fuerzas, al menos una parte de ellas.

Desde que vió á Regina, se descubrió y pasó su mano por su frente pálida y húmeda.

La joven estaba tan pálida como él.

Se veía claramente sobre su rostro la huella del insomnio y de las lágrimas.

El rostro de Petrus descubria por su parte, si no las lágrimas, el insomnio al menos.

Miráronse los dos con más curiosidad que asombro: hubiérase dicho que cada cual intentaba saber lo que pasaba en el corazón del otro.

Por los labios de Regina pasó una pálida sonrisa.

— Os esperaba, caballero, dijo con su voz melodiosa como el cántico de un pájaro.

— ¿Me aguardabais? dijo Petrus.

— Sin duda, ¿no tenemos sesión hoy? ¿No habéis recibido mi billete? ¿No tengo que daros excusas de viva voz después de habéros las dado por escrito?

— ¿Excusas? dijo Petrus.

— Sin duda hubiera debido escribiros por la mañana en vez de haberlo hecho por la tarde, para evitaros un trastorno; pero estaba tan preocupada, que he cometido la falta de olvidarlo.

Inclinóse Petrus, y pareció aguardar que Regina le enseñase el camino del salón.

— Vamos, vamos, ven, hermana mía, dijo la pequeña, bien sabes que es preciso que tu retrato esté concluido hoy.

— ¡ Ah ! dijo Petrus amargamente, *es preciso* que vuestro retrato quede concluido hoy.

— Pasó una llamarada por las pálidas mejillas de Regina, y desapareció como hubiera desaparecido el reflejo de un relámpago.

— No hagáis caso de lo que dice esta niña, caballero ; habrá oído decir á alguno que no sabe lo que son las exigencias del arte, que *era preciso* que este retrato quedara hecho hoy, y repite lo que ha oído.

— Haré todo lo que pueda, señorita, dijo Petrus sentándose delante de su lienzo, y si puedo, os desembarazaré de mí en una sesión.

— ¿ Desembarazarme de vos, caballero ? dijo Regina ; la palabra no me admiraría, dicha á mi tía la marquesa de la Tournelle ; pero dicha á mí es injusta ; iba á decir, añadió con un suspiro, que hasta cruel.

— Excusadme, señorita, dijo Petrus ; en seguida, sin poder contener la acción ni la palabra, dijo llevando la mano al pecho : ¡ sufro !

— ¿ Sufris ? dijo Regina con una extraña sonrisa, como si hubiera querido decir : no me admira, yo también sufro.

— Mr. Petrus, dijo la niña, voy á deciros una cosa que os agradará.

— Decid, señorita, dijo Petrus cogiendo al vuelo la distracción que iba á proporcionarle la charla de la niña.

— Pues bien, ayer, mientras mi hermana estaba en el campo, ha venido mi padre con Mr. Rappt á ver el retrato de mi hermana, y ha quedado muy contento de él.

— Doy gracias al señor mariscal por su indulgencia, dijo Petrus.

— Deberíais más bien dar gracias á Mr. Rappt que á mi padre, dijo la niña, porque Mr. Rappt, que nunca le contenta nada, también ha quedado muy contento de él.

Petrus no respondió ni una palabra, sacó su pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

Al oír aquel nombre odioso que acababa de ser pronunciado dos veces, toda la cólera sublevada en él hacia ya cuarenta y ocho horas, y apaciguada un instante, principió á zumbar otra vez como una tempestad.

Vió Regina aquella emoción, é instantáneamente comprendió que procedía de las palabras de la niña.

— Abeja, dijo, tengo sed, hazme el favor de ir á buscarme un vaso de agua.

La niña, deseosa de obedecer á su hermana, saltó fuera del salón.

Pero como el silencio era la cosa más embarazosa del mundo en la situación de ánimo en que se encontraban los dos jóvenes, no quiso Regina dejarle establecerse, y sin saber lo que decía, preguntó :

— ¿ Qué habéis hecho, caballero, en el triste día de ayer, no pudiendo trabajar en mi retrato ?

— En primer lugar, he ido á ver á la pequeña Rosa de Noel.

— ¿ La pequeña Rosa de Noel ? dijo vivamente Regina.

En seguida añadió más bajo :

— ¿ Habéis ido á ver esa niña ?

— Sí, dijo Petrus.

— ¿ Y después ?

— Después he hecho un dibujo á la aguada.

— ¿ Según ella ?

— No, de fantasía.

— ¿ Sobre qué asunto ?

— ¡ Oh ! sobre un asunto muy triste, dijo Petrus.

— ¿Cuál ?

— Una joven ha querido asfixiarse con su amante.

— ¿ Lo sentís ? interrumpió Regina.

— No lo ha conseguido, continuó Petrus ; sólo ha muerto el amante.

— ¡ Dios mío !

— He elegido el momento en que acostada sobre el lecho vuelve á abrir los ojos. Tres amigas suyas están arrodilladas en torno de su lecho ; en el fondo ora un monje dominico con los ojos elevados al cielo.

Regina miró á Petrus con aire despavorido.

— ¿ Y esa aguada ? preguntó.

— Vedla aquí, dijo Petrus.

Y presentó á Regina el papel enrollado.

Desenrollólo Regina y lanzó un grito.

— Petrus, que no conocía ni á Fresolina ni á Carmelita, había puesto la cabeza de la primera oculta entre sus manos, y la de la segunda en la sombra proyectada por la cortina del lecho ; pero las cabezas de Regina, Mad. de Marande y el monje, que eran personas conocidas de Petrus, tenían un perfecto parecido.

Además, los menores detalles de la habitación de Carmelita, detalles indicados por Juan Robert, hacían de aquel dibujo algo inexplicable, mágico é inaudito para Regina.

Miró Regina á Petrus.

Petrus trabajaba ó aparentaba trabajar.

— Toma, hermana mía, dijo Abeja volviendo á entrar de puntillas para no perder ni una gota del brebaje que llevaba ; ahí tienes tu vaso de agua.

No había medio de pedir la menor explicación delante de Abeja ; además, ¿ querría darla Petrus ?

Cogió Regina el vaso y lo llevó á los labios.

— En seguida, dijo Petrus, además de aquella visita á la pequeña Rosa de Noel y de aquella aguada hecha de imaginación, he sabido también una cosa, señorita, por la que os felicito muy sinceramente ; y es que vais á casa-ros con el señor conde de Rappt.

Petrus pudo oír en el silencio que siguió á sus palabras, crujir los dientes de Regina en el borde del vaso que llevaba á los labios, y que por un movimiento casi convulsivo, devolvió á la niña, vertiendo sobre su vestido la mitad del agua que contenía.

Sin embargo, haciendo un [esfuerzo supremo sobre sí misma :

— Es verdad, respondió.

Y esto fué todo.

En seguida, atrayendo la niña hacia sí como si estuviera tan débil que buscara un apoyo en la infancia, es decir, en el emblema de la debilidad, bajó los ojos y apoyó su cabeza sobre la cabeza rubia de la niña.

Hubo en aquella respuesta y en aquel movimiento de Regina tal expresión de dolor, que Petrus comprendió que nada más tenía ya que preguntar.

Había temblado hasta el corazón al oír la voz ; había seguido con la vista la cabeza de la joven, que se inclinaba muellemente como una flor que se seca y que permanecía, en fin, en una actitud indefinible.

Todo esto quería decir :

— Perdonadme, amigo mío, soy tan desgraciada, tal vez más desgraciada aún que vos.

Desde aquel momento reinó un silencio tal en la estufa,

que se hubiera podido oír entreabrirse los botones de las rosas.

En efecto, ¿qué podían decirse aquellos dos hermosos jóvenes?

¿ Los sonidos más dulces, las palabras más armoniosas podían causar la milésima parte de las suaves emociones que sus corazones murmuraban por lo bajo?

El silencio de Regina decía:

— ¡ Hé aquí, pues, el secreto que causaba tu palidez, joven, y la tristeza de tu aspecto no era más que el reflejo de tu corazón! Así pues, ayer, cuando arrodillada junto al lecho de una amiga que había querido morir con su amante, me decía al pensar en ti: « ¡ Dichosa de ti, Carmelita, si hubieses muerto con el amante de tu corazón! ¡ dichosa, sí, muy dichosa, porque más vale morir con el que se ama, que vivir con el que se aborrece! »

¡ Tú, mientras tanto, pensando en mí, ibas á ver aquella niña, á la que había cuidado durante su enfermedad; en seguida, por un milagro de intuición, me seguías en mi carrera, y me veías arrodillada al pie del lecho de mi amiga!

¿ Tienes, por ventura, la mirada de los ángeles, artista divino, y como ellos ves á través del espacio, sin que los obstáculos materiales puedan detener tu vista?

¡ Me acusas en el fondo de tu corazón, ingrato amado! é ignoras que desde que te he visto tengo también mis horas de insomnio y de espanto. ¡ Sí, de espanto, porque como tú, y antes que tú, tal vez he sondeado el golfo profundo donde se me va á sepultar! ¡ Estás pálido como la muerte; mira, y verás qué se han hecho los colores de mis mejillas! ¡ Oh! que no pueda devolverte tu color y hacer recobrar á tu frente su blancura inmaculada y su serenidad celeste, derramando sobre ti, pobre árbol marchitado por

la tempestad; derramando sobre ti, como un rocío saludable, todas las lágrimas de mi corazón!

Y el silencio de Petrus respondía:

— ¡ Ah! me amas, hermoso lirio virginal, y me he equivocado cuando te acusaba de marchar risueña á ese himeneo. ¡ Si, cuando tu hermana, indiscreta niña, pronunció el nombre de aquel hombre, he visto el viento del pudor pasar sobre tu frente, y hé aquí que ahora sabes que te amo! Hé aquí que despedazada hasta en el alma, semejante á la paloma amorosa, ocultas tu frente bajo el ala para llorar.

¡ Ay! me has preguntado el secreto de mi palidez, ahora lo conoces, puesto que á tu vez estás tan pálida y más que yo. Pero ¿por qué permaneces muda, pensamiento mío? ¿por qué no oigo tu voz, amor mío? Es que el silencio á duo es la sinfonía del amor, el sueño de la mañana, lleno de celestes murmurios, de inefables esperanzas. No me respondas pues, y escucha cantar á mi corazón, como yo escucho cantar al tuyo el himno, himno sagrado, mezcla de alegría y de dolor que no se oye más que una vez, y extinguido no revive jamás.

Y este silencio fué, en efecto, para los dos jóvenes una alegría suprema, un minuto de felicidad ilimitada; alegría tanto más grande, felicidad tanto más ardiente, cuanto que los dos conocían que sondeando aquella felicidad y aquella alegría, concluirían por encontrar un profundo dolor.

Se amaban, como había dicho Petrus á su tío, con un amor que la lengua humana no tenía palabras para expresarlo.

Sólo que en vez de exhalarse en canciones como el de los pájaros, su amor, como el de las flores, se derramaba en perfumes, cuyas suaves emanaciones saboreaban.

Por desgracia, en aquel instante supremo en que sus dos almas, muy próximas á confundirse, iban á reunirse en un

paraíso encantado, se abrió bruscamente la puerta del invernadero y la devota é impertinente marquesa de la Tournelle apareció en el umbral.

Aquella aparición hizo caer pesadamente en tierra á los dos soñadores.

Al ver á la marquesa se levantó Petrus, pero inútilmente; la marquesa no le vió, ó aparentó no verle.

También puede ser que la hubiera distraído la pequeña Abeja, que corrió hacia ella y le dió su frente á besar.

— Buenos días, pequeña, buenos días, dijo besándola y yendo hacia Regina.

Regina le tendió la mano, levantándose de su asiento.

— Buenos días, sobrina mía, continuó la marquesa pasando de una sala á la otra; vengo del comedor, donde me han dicho que apenas os habíais sentado allí. Sin embargo, tenia que veros, porque tengo algo muy importante que deciros.

— Si hubiera sabido que tendría el placer de veros bajar á almorzar, tía mía, seguramente os hubiera aguardado, respondió Regina; pero creía que ayer y hoy estabais retirada ó que almorzabais en vuestro cuarto.

— Yo también he bajado únicamente por vos, sobrina mía, y he hecho excepción en vuestro favor, á causa de la gravedad de las circunstancias.

— ¡ Oh! Dios mío, casi me asustáis, tía, dijo Regina intentando sonreír, ¿ pues qué hay?

— Hay, sobrina mía, que Mr. Coletti me dice en una carta, que ayer, miércoles de Ceniza, no se os ha visto en la iglesia.

— Es verdad, tía, estaba á la cabecera de una de mis amigas, moribunda.

— Hoy, que monseñor hace su introducción á la Cuaresma, espera que asistiréis al sermón.

— Me excusaréis con monseñor, tía mía, pero no cuento con salir; he tenido ayer una grande aflicción, y estoy aún muy mala; necesito, por lo tanto, tranquilidad, y no saldré hoy de aquí.

— ¡ Ah! dijo agriamente la marquesa,

— Sí, dijo Regina con una firmeza de voz y de mirada, que parecía justificar su nombre; hasta cuento con retirarme á mi cuarto después de la sesión, porque veis que estoy en disposición de acostarme, tía mía, y á ese propósito os haré notar que me ocultáis completamente á Mr. Petrus.

— Calla, dijo la vieja señora.

Y volviéndose hacia el pintor:

— Perdonadme, dijo, señor artista, no os había visto. ¿ Os ha ido bien desde el lunes?

— Perfectamente, señora.

— ¡ Tanto mejor! Imaginaos, sobrina, cuál ha sido mi sorpresa el lunes al encontrar á Mr. Petrus Herbel en casa del general de Courtenay, al cual iba á recordar que anteayer, martes, era mi aniversario.

— No veo lo que en eso ha podido sorprenderos, tía mía. Me parece que nada tiene de sorprendente el encontrar al sobrino en casa del tío.

— ¿ Sabíais eso?

— Sabía que Mr. Petrus Herbel de Courtenay era sobrino del general, conde Herbel de Courtenay, sí, tía mía, lo sabía.

— Pues bien, yo lo ignoraba; pero me asombra que un pintor sea aliado de una familia cuyos antecesores han reinado.

— Espero, señora, dijo Petrus, que una persona tan eminentemente religiosa como vos, ponga los apóstoles y los santos por encima de todos los reyes y todos los emperadores de la tierra.

— ¿Por qué esperáis eso!

— Haré observar á la señora marquesa de la Tournelle, que responde con una pregunta á la pregunta que tiene el honor de dirigirle el vizconde Pedro de Courtenay.

Por impertinente que fuese, la marquesa se encontró un poco desconcertada.

— Sin duda, respondió. Pongo los apóstoles y los santos por encima de los reyes y los emperadores, pues que vienen en pos de Jesucristo.

— Pues bien, señora marquesa, San Lucas era pintor; ¿por qué un descendiente de los emperadores no había de serlo?

La marquesa se mordió los labios.

— ¡Ah! dijo la marquesa, me traéis á la verdadera cuestión, y os doy gracias, sabía muy bien que había venido para otra cosa.

Ni Regina ni Petrus respondieron.

— Había venido, continuó la marquesa, para preguntaros si el retrato estaria pronto concluido.

Regina bajó la cabeza y lanzó un suspiro, que parecía un gemido.

Petrus oyó la pregunta de la vieja marquesa, vió el movimiento de Regina, pero no comprendió absolutamente nada.

Miró la marquesa á uno y otro, y viendo que ninguno respondía:

— ¡Pues bien! ¿Tan extraordinaria es mi pregunta? dijo. Os pregunto, Mr. Petrus, si el retrato del conde Rappt avanza.

— No comprendo lo que la señora marquesa me hace el honor de preguntarme, respondió Petrus, en cuyo corazón comenzaba á penetrar una vaga sospecha.

— Es que, en efecto, me expresé mal, dijo la marquesa.

Llamo anticipadamente al retrato de Regina retrato de Mr. Rappt. Es verdad que el retrato no será de Mr. Rappt hasta el día en que la señorita Regina de Lamothe-Houdon sea condesa de Rappt. Pero como de aquí á ocho días será eso cosa hecha...

— Perdonad, señora, preguntó Petrus palideciendo horrorosamente, ¿ese retrato que hago está pues destinado á Mr. Rappt?

— Sin duda. Es el principal adorno de la cámara nupcial.

Estas palabras trastornaron de tal manera el rostro de Petrus, que advirtiéndolo la marquesa, dijo:

— ¡Oh, oh! caballero, ¿qué tenéis? Diríase que os ibais á poner malo.

En efecto, Petrus en pie, corriéndole el sudor por la frente, con la vista extraviada, parecía la estatua de la desesperación.

Volvióse entonces la marquesa hacia su sobrina para hacerle notar la palidez del joven; pero vió á Regina misma tan pálida, que se hubiera dicho que había sido herida en el mismo sitio, y del mismo golpe que el joven.

La marquesa era mujer de experiencia; adivinó al instante lo que pasaba en los dos jóvenes, y mirando alternativamente á uno y á otro, repitió entre dientes este monor silabo expresivo.

— ¡Ta! ¡ta! ¡ta!

En seguida, cogiendo á Abeja por la mano, por temer de que, á pesar de sus pocos años, comprendiese algo de aquel doble dolor, llevándola consigo, dijo:

— Nadá más tenía que preguntaros, sobrina mía. Sé ahora todo lo que deseaba saber...

Y salió.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de ella, cuando Petrus lanzó un grito, y sacando del pecho un puñalito turco que habitualmente llevaba consigo :

— ¡ Ah ! dijo, ¡ y este retrato que yo hacía con tanto gusto y tanto amor, era para él, para el conde de Rappt, para ese infame ! ¡ no será, no ! ¡ Puedo yo ser víctima de su felicidad, pero no seré su cómplice !

Y hundiendo el puñal en el lienzo, lo desgarró de arriba abajo.

Oyó Regina el chasquido del lienzo, y al oírlo sintió la misma conmoción que si el puñal la hubiera herido á ella en vez de herir al retrato, y al herirla le hubiera cortado la gran arteria del corazón.

Y sin embargo, palideciendo hasta un punto que se hubiera creído imposible ; echando atrás la cabeza, como si sus últimas fuerzas, y hasta la de la voluntad, la hubiesen abandonado, la tuvo aun para alargar la mano al joven, y le dijo :

— Gracias, Petrus, así quería yo ser amada.

Precipitóse Petrus sobre aquella mano, la besó con furor, y se lanzó fuera del salón gritando :

— Adiós para siempre.

Respondióle un gemido ; Regina acababa de desmayarse.

Y ahora dejemos á la señorita Regina de Lamothe-Houdon y Petrus Herbel en su amorosa desesperación, y vamos de un solo salto á Viena, á ver lo que allí pasaba en la tarde del martes de Carnaval de 1827.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO.

REPRESENTACIÓN Á BENEFICIO DE LA SEÑORITA ROSA ENGEL,
PRIMERA BAILARINA DEL TEATRO DE LA PUERTA-CARINTHIA
EN VIENA.

El martes de Carnaval del año 1827, á eso de las seis de la noche, presentaba un aspecto desacostumbrado la ciudad de Viena.

Un extranjero, viendo la multitud que se estrechaba en las calles, se hubiera visto apurado para decir con qué fin la población se echaba á la calle tan precipitadamente, de Stubenthor, de Leopoldstadt, de Schottenhor y de Mariaulf, en una palabra, de todos los barrios de la ciudad, y convergia, por decirlo así, de los cuatro puntos cardinales, en un solo centro que parecía ser la plaza del palacio.

Y sin embargo, no se dirigía aquella multitud hacia el palacio ; y si mil equipajes con armas de todas las grandes casas de Alemania se estacionaban en las calles cercanas á aquel mismo palacio, no era ni por un nacimiento, ni por una muerte, ni por un duelo, ni por una derrota, ni por una victoria por lo que la ciudad estaba en conmoción.